

Un largo adiós*

Gustavo Guerrero

Cuentan que, allá por los años cincuenta, un joven poeta venezolano, de cuyo nombre no quiero acordarme, solía visitar al loco y genial Armando Reverón en el pequeño rancho donde vivía junto al Mar Caribe, su célebre «castillete» de Macuto. Mientras el artista iba pintando algún retrato o una de sus blancas marinas, el poeta se quejaba amargamente de su suerte y despotricaba contra el ignorante público que no leía su obra y contra un país y una época que le negaban el reconocimiento que, según él, merecía. Harto ya de oír siempre la misma cantinela, harto de tanta vanidad y tanta jeremiada, Reverón puso un día fin a aquellas insufribles visitas con una frase absurda y muy suya: «¡Chico, ten paciencia y no seas tan impulsivo, espérate a que te mueras, para que veas cómo te vas a volver rico y famoso!»

No se me escapa que no hay uno sino varios universos entre esta anécdota del pintor de Macuto y la novela *Diario de la peste* del canario Emilio Sánchez Ortiz. Sin embargo, creo que algo esencial las acerca, pues ambas constituyen, a su manera, una crítica mordaz al afán de éxito y al espejismo de la gloria póstuma y la inmortalidad literaria. Evelio Barto, el protagonista de *Diario de la peste*, es, como Reverón, un hombre enfermo y desencantado que está de vuelta de muchas cosas y, en especial, de los grandes mitos de la estética moderna. Encerrado en su casa, entre cuatro paredes, asiste al espectáculo de su agonía y decide llevar una crónica íntima de sus últimos meses de vida que sea, a la vez, su mejor y más fiel autorretrato y un vasto fresco histórico por el que desfilen las principales figuras su generación. Para llevar a cabo este ambicioso proyecto, Evelio Barto apunta día tras día en sus cuadernos lo que le dicta el presente y lo que le recuerda el pasado, y al final, cuando ya le faltan fuerzas para proseguir su tarea, le entrega las notas a su joven amigo y discípulo, Ulises Menor, para que éste se

* Emilio Sánchez Ortiz, *Diario de la peste*, Premio Benito Pérez Armas 2003, Caja Canarias, Tenerife, 2005, 246 pp.

ocupe de ordenarlas y publicarlas. *Diario de la peste* está compuesto por la edición de esas notas y por un extraño relato preliminar en segunda persona que narra la historia del encuentro entre Barto y Ulises, y la iniciación de éste último a la vida y costumbres literarias del pequeño grupo de bohemios insulares al que pertenece su mentor.

No es difícil adivinar que, en tanto descripción de las tertulias y correrías de dicha camarilla literaria, la novela de Sánchez Ortiz, que así acabo de resumir, tiene mucho de un *roman à clef* por el que circulan, con otros nombres, un buen número de personajes de carne y hueso, desde figuras de la generación de *Gaceta de Arte* hasta escritores e intelectuales canarios de la generación de los cincuenta e incluso de épocas más recientes. Julio Tovar, como ya lo indica el epígrafe, está en el centro mismo de la novela y es aquí el objeto de un sentido homenaje. Pero no voy seguir por este camino, pues mis luces sobre los círculos artísticos y literarios de Canarias, lo confieso, son insuficientes y creo que les corresponde más bien a los especialistas o a los propios protagonistas de aquellos años reconocer y reconocerse en la foto de familia de *Diario de la peste*. Aunque Sánchez Ortiz los trate a menudo con dureza y no dude en ofrecernos una áspera imagen de su generación y su tiempo, más allá o más acá del afán polémico, creo que habría que ver en su evocación menos un gesto altanero o agresivo que el deseo de agitar y conmover ese pasado, como para sacarlo de su inanidad e insuflarle un sentido que vuelva a hacerlo vivo en nuestra memoria. Ya lo decía Goethe : «Nada rejuvenece tanto a un fantasma como pelear a diario con él». Sánchez Ortiz y Evelio Barto, en la mejor tradición de los escritores de la Europa Central, alzan el catálogo de errores e iniquidades de sus contemporáneos pero, con honestidad, saben que también son responsables de ese general equívoco, que también forman parte de ese acerbo paisaje. *Diario de la peste* es, desde este punto de vista, un texto desmitificador, controversial y fundamentalmente crítico, como bien lo define Ulises en el relato preliminar. Lo cito: «Se trata de una patada en el culo del tiempo recobrado a duras penas, un ajuste de cuentas con la hipocresía, la vanidad, la prepotencia, el pensamiento vacío, el autobombo de la pedantocracia y, en general, con la adulación y la admiración ridículas y toda la fauna humana de retóricos verbeneros de círculos cerrados...»

Diario de la peste es sin lugar a duda todo esto, pero es también otra u otras novelas que a mí me interesan algo más. Una de ellas bien podría intitularse *La última aventura de Evelio Barto* o incluso *La*

paradoja de Evelio Barto. Y es que, bien vista, la propuesta central de Sánchez Ortiz, que es la de su personaje, tiene un carácter manifiestamente irónico y plantea un singular desafío literario: darle forma al intento último de un escritor enfermo y decepcionado por componer un texto, de cara a la muerte, en el que se escuche al fin la melodía única que recorre toda una vida y le aporta un inalienable significado. Barto-Sánchez Ortiz piensa en varias maneras de salir airoso de semejante lance. «Escribir una obra íntima sólo accesible a mí y unos cuantos intérpretes», anota en febrero, al comienzo del primer cuaderno, en un momento en que aspira a aislarse por completo y a dedicarse exclusivamente a escuchar su voz interior, a transcribir su timbre y su verdad. Pero un par de meses más tarde ya todo se le ha complicado, pues esa decantada voz tan personal se ha multiplicado en mil voces que le recuerdan que muchos otros nos habitan y que entre ellos se extravían a menudo las certezas que hacen posible distinguir entre verdad y mentira, entre verdad y ficción, entre verdad y sueño. Evelio Barto tiene que corregir el tiro, piensa ahora en un diálogo entre su vida imaginaria y su vida real, y reformula su proyecto mezclando las nociones de diario, memorias y novela. Así nos dice en tono vanguardista y decidido: «Pretendo escribir una dianovela de las horas del día en el reloj del tiempo pretérito, una nonovela de la presencia de la impermanencia, nonovela de mi *Yo* caducado, una ficción móvil reducida a la inmovilidad, pasado y presente en el mismo abismo, doma de la palabra para cabalgarla sin angustia al galope».

Animado por esta nueva ambición, Barto vuelve a emprender su tarea, pero, como bien enseña la historia literaria, entre los proyectos y sus realizaciones median con frecuencia la papelera o el abismo. La pretenciosa «dianovela» o «nonovela» de Barto no será una excepción y, en cierto modo, esto la salva y lo salva. Pues hay valentía, mucho brío y no poca honradez en esas páginas en las que el protagonista confiesa sus carencias y sus límites, y lo lejos que le queda la meta que se ha fijado. En una nota del mes de mayo, por ejemplo, nos dice y se dice: «Renuncia a la crónica de tus partes meteorológicos y otras nimiedades a favor de lo primordial, de tu condición de autor frente a la imposibilidad, al sufrimiento de no llegar a decir, a la impotencia de no poder decirse, de mostrarte incapaz de entender nada esencial, de no saber por qué la pluma se detiene a punto de expresar algo del alma y se van las palabras al olvido, al miedo a ti mismo o a la cobardía de verte y encarar tu verdad». Y unos días después reincide: «Basta de

campanuda egolatría y juegos de palabras. Acepta de una vez tu escaso talento de escritor colegial. No intentes descripciones ni párrafos de estilo. Atente a la escritura sin más, al servicio de una prosa descriptiva...» En fin, valga una última cita, quizá la más breve y elocuente : «Mi drama es de opereta de tres centavos; la muerte lenta, interminable, verbalizada, acaba en ridículo, trastoca mi angustia en frívola lírica de poeta trascendente».

Con lucidez, con coraje, Barto percibe las mil trampas que le tiende el oficio de escribir y no puede ignorar la distancia que separa, en nuestro tiempo, existencia y sentido, espíritu y letra, realidad y deseo. *Diario de la peste* cobra fuerza y tensión a través de la contradicción y el contraste que recorre sus páginas entre esta conciencia desengañada del protagonista y la fe que supone emprender, en la agonía, la tarea de pintarse a sí mismo y de dejar el retrato más íntimo y más fiel de sí. Sánchez Ortiz asume el reto de encontrar las palabras justas para narrar la postrera ilusión de un escéptico que ha ido perdiendo por el camino casi todas sus creencias, sus certidumbres y sus sueños, y llega a la muerte ya desnudo, muy escaso de convicciones y de cualquier otro equipaje moral. La inmensa mayoría de las notas de Barto constituye, en este sentido, un diálogo con la desesperanza y un aguerrido intento por creer en las posibilidades de la palabra o, como él mismo dice, «una lucha infructuosa entre Yo y el Otro, entre lo visible y lo invisible, entre el escritor y su obra, entre Jacobo y el Ángel». No es difícil adivinar que, al final, Barto fracasa, pero ese previsible fracaso da lugar a una de las mejores páginas de la novela y, creo, de toda la obra de Emilio Sánchez Ortiz. Cito: «El enigma del ser oculta su verdad con palabrería lógica. En el principio no fue el Verbo sino el hombre, el hombre celular, sin palabras frente al mundo, alucinado ante su hostilidad salvaje, el hombre grito sumado al silencio de la naturaleza, extraño de sí, sin espejos, anadado junto a los animales. ¿Cuántos miles de años pasó ese hombre solo hasta lograr apalabrar sus gritos y hablar a solas de sí mismo, y que surgiera la poesía de los sentimientos y lo embaucara con el lírico sosiego del “permanece a mi lado, la muerte no existe”? ¿Cuántos miles de años más hasta descubrir el lenguaje de los muertos? ¿Cuántos más reclama la imaginación destructora del mundo para devorar a la que pretende reinventarlo? ¿Cuántos otros para reconocer que el conocimiento conduce al principio? Acompaño a aquel hombre solo ante lo innumerable, paralizado de asombro y

terror ante la primera luz perdida, hundido poco a poco en la oscuridad de su primera noche sin nada».

Diario de la peste, el largo adiós de Evelio Barto, es también esta otra novela que desemboca en un momento de hermosa poesía, en esta verdad solidaria que es la nuestra especie ante su enigma en los confines del tiempo. Con ella y por ella, Barto se reconcilia con su fracaso y enciende, para nosotros, como la luz de una candelilla en la noche que lo envuelve. Creo que fue Valery Larbaud el que dijo una vez que la función última de un diario íntimo es enseñarnos a estar solos ante la vida como un día estaremos solos ante la muerte. La novela de Emilio Sánchez Ortiz cumple esta misión con creces y además nos lega una pregunta sin respuesta sobre aquello que hace única e irrepetible cada una de nuestras vidas en una época en que pareciera que todo, hasta la vida misma, se ha vuelto serial, reproductible, copiable, clonable.



Casa-Museo Pardo Bazán. La Coruña. Sala de tertulias